

Sandro Penna, la misma pureza que Pasolini

 ocioxocio.com/2013/08/01/sandro-penna-la-misma-purezza-que-pasolini/

Sandro Penna era un poeta. Y poetas no hay muchos. Eso lo sabía Alberto Moravia cuando lo afirmó, ante el féretro de Pasolini, su amigo asesinado. Era entonces la Italia capitalista, emergente tras el fascismo, donde crecía el consumo y desaparecía la verdad de las vidas. Allí Pasolini y Penna, poetas, se encontraron en esa Roma a la que algún cine nos ha dejado asomarnos. Pier Paolo llegaba de Casarsa con su madre, huyendo de un padre iracundo y de una acusación de amor menor de edad. Les unía su homosexualidad, su enorme sensibilidad, su mirada de esquinas y su saber absoluto de que no



había sitio para ellos. En ambos estaba la añoranza de la pureza de los cuerpos y los deseos que buscaban en las orillas del Tíber, en los jóvenes, en esos **Ragazzi di vita**, recuperando el tiempo cuando ser homosexual y amar púberes no era aun un esto de abuso de poder, ennegrecido por la palabra pederastia, sino un deseo próximo a la ética helénica de amor entre hombres sin edad. Los dos escritores se asoman al Tíber con el recuerdo de la pérdida de una Italia precapitalista donde era posible la pansexualidad iluminada de un eros pagano. Nada que recuerde a nuestro término pederastia. Lejos de violencias, el amor y la escritura del poeta Penna estaban atravesados por la mirada cuidadosa y tierna en busca de la pureza de vidas, al margen de las categorizaciones apresadoras habituales.

Roma era entonces un mundo intelectual de noches inmensas en añorado blanco y negro, de tertulias y proyectos donde se reunían sin hora Moravia, Elsa Morante o Pasolini. Pero Penna era un solitario, amigo de la comunidad de la soledad, algo perdido y ajeno a la modernidad. Porque ¿para qué amigos de quienes no quieren oír? Sosegado en su conocimiento de que aquella Italia de mitad del XX, extraviada ya para el deseo, donde los muchachos -ávidos de consumos- se han vuelto feos por homogéneos, Penna se escapa a lugares donde no ver “gordos y embutidos oficinistas”, donde la vida pueda besarnos dándonos “un desmentido a nuestra apatía”. Y piensa en “qué evidentes son las razones que nos hacen a todos querer a los jóvenes. Ellos poseen la vida”. Busca entonces Penna una protovida que encuentra en los chavales. Alguno –dice- parecía un ángel preso por mercaderes. Es la misma pureza que Pasolini intenta recuperar primero en el subproletariado romano, y luego, vencido y convencido, en Eritrea o Yemen, lejos del aire putrefacto de la homegeneización capitalista. Hay algo de la “Muerte en Venecia” de Mann en el relato que da nombre a este libro de Sandro Penna -el único en prosa del escritor-, aunque la sofisticación del encuentro que relata Mann aquí se vuelve fragilidad de escenarios pobres de afueras. Y hay también algún aire del Martin Tomé de Benedetti en el oficinista contemplativo de una de sus páginas.

Penna fue un paseante ajeno al mundo, poseedor de una febrícula constante que le distanciaba de la vida prosaica. Porque algo de fiebre deben de tener los poetas. Y Penna prefería sin duda perderse por la afueras para encontrarse en ellas. Su vida y su poesía anduvieron paseando en los márgenes. Sandro Penna, siempre algo exiliado y fuera de forma. Como los poetas. Y por eso la sintaxis extraña que aparece en estos relatos de apenas un par de páginas que componen **Un po' di febbre**, de la que el traductor nos advierte: no son erratas, porque Penna coloca las comas en lugares no convencionales.

Fuera de forma. Y de gramáticas. Y con fiebre. Porque la fiebre, pese a todo, dice Penna, puede ser

útil para la poesía.

“Algo de fiebre”. Sandro Penna

Pre-textos

Introducción y traducción de Luis Antonio de Villena

